

Caminos y desvíos

Deuteronomio, el quinto libro de la Biblia habla sobre la promulgación de la ley por segunda vez; retoma temas importantes, ya tratados anteriormente en otros libros del Pentateuco. Vimos que el pueblo va de camino a la tierra prometida y Moisés aparece en este capítulo haciendo una compilación de algunos hechos importantes antes de ser, propiamente ratificado, el pacto entre Dios y su pueblo.

Y entonces tenemos aquí a Moisés sirviendo como mediador de este pacto. Y después de haber visto el primer capítulo, en el que hablamos sobre la inconstancia de los israelitas, llegamos a una recapitulación de los años en los que el pueblo estuvo viajando por el desierto en dirección de la tierra prometida.

El capítulo 2 destaca específicamente esos años en el desierto. Basta observar, por ejemplo, la referencia de Deuteronomio en los versículos 14 y 15: “...El tiempo transcurrido, desde que salimos de Cadés Barnea hasta que pasamos el arroyo de Zered, fue de treinta y ocho años. Para entonces, tal y como el Señor se lo había jurado, ya habían muerto todos los hombres en pie de guerra que había en el campamento, pues la mano del Señor había venido sobre ellos para destruirlos en medio del campamento, hasta acabar con ellos...” (RVC)

Y más adelante dice en el versículo 24, cómo fue el camino del desierto, ciertamente marcado por la rebelión israelita; sus luchas y triunfos contra los pueblos que intentaron impedirles el camino. Vemos, la famosa e histórica victoria del pueblo sobre Sijón, el rey de Jesbón.

Y el versículo 31, claramente lo indica: “...Entonces el Señor me dijo: “Mira, ya he comenzado a entregarte a Sijón y a su tierra. Comienza ya a tomar posesión de ella, porque es tu herencia...” Y así proseguimos al inicio del capítulo 3, en este camino en dirección a la tierra prometida. El otro obstáculo que el pueblo se encontró en aquel contexto ya de los cananeos fue la victoria sobre Og, rey de Basán.

Deuteronomio 3 versículos 1 al 7, relata: “...Partimos de allí, y subimos por el camino de Basán, y (...) nos salió al encuentro Og, el rey de Basán, para pelear contra nosotros. Pero el Señor me dijo: “No le tengas miedo, porque a él y a todo su ejército yo los he puesto en tus manos, lo mismo que a su tierra (...), y el Señor nuestro Dios nos entregó también a Og rey de Basán, y a todo su ejército, y los derrotamos hasta acabar con todos (...) que eran del reino de Og en Basán. “No quedó una sola ciudad que no conquistáramos (...) Las destruimos (...) y nos apoderamos de todo el ganado y de los despojos de las ciudades...”

Durante los enfrentamientos, es interesante observar la presencia de gigantes, entre esos pueblos cananeos, como ya observamos anteriormente: Los Anakim. También es notable esa referencia sobre Og, rey de Basán. Su cama estaba hecha de hierro, según Deuteronomio 3:11: “Su cama, (...) era de hierro, y medía unos cuatro metros de largo por dos metros de ancho, tomando como base de medición, el codo

humano”. Era una cama enorme, mostrando lo gigantesco del hombre, comparado con una persona común.

Luego Deuteronomio pone una atención especial a la división de la tierra, recordando aquello que ya mencionamos en otro estudio, hablando de cómo la tierra conquistada a los cananeos, fue dividida entre las doce tribus de Israel. Y el capítulo 3 terminará con una nota muy triste en estos caminos y desvíos por el desierto, cuando el pueblo de Dios, sustentado por su gracia y amor, queda marcado por la rebelión y una actitud de ingratitud, que incluye el rechazo a la propia tierra que les prometió.

En los versículos 23 al 28, detalla lo ocurrido con Moisés, cuando se le impidió entrar a Canaán. “...En aquel tiempo, le rogué al Señor en oración: Tú, Señor y Dios, has comenzado a mostrar tu grandeza y tu mano poderosa (...) Yo te ruego que me concedas cruzar el río y contemplar esa bella tierra que está más allá del Jordán, y ese bello monte, y el Líbano. Pero por culpa de ustedes, el Señor se había enojado contra mí, y por eso no me escuchó, sino que me dijo: “¡Basta! (...) Sube a la cumbre del Pisga, y dirige la mirada al norte y al sur, (...) Mira con tus propios ojos, porque no cruzarás el Jordán...”

Es sorprendente, pero el hecho es que, muchas veces, los seres humanos eligen su propio camino para alcanzar aquellos objetivos que son incluso, elogiados y loables. El pueblo de Israel iba en dirección a la conquista de la tierra prometida; estaba buscando la tierra de la que ‘mana leche y miel’. Pero tuvo dificultad en escuchar y aceptar la voluntad de Dios y la propuesta que Él les traía.

Dios les dio un gran entrenamiento en el desierto y la postura del pueblo fue de mucha resistencia, rechazo e incontables cuestionamientos. Así que, por lo tanto, vemos aquí que tuvieron sus caminos y desvíos, luchas, y dificultades, pero también cosecharon sus éxitos. A pesar de esta desobediencia, todos llegaron a la tierra y fueron triunfadores. Pero la nota triste es que con Dios no se juega, y aquello que es importante para Dios, no podemos dejarlo en un segundo plano, con lo que Moisés, aun siendo la persona que fue, con todo su liderazgo y calidad, perdió la oportunidad de entrar en la tierra prometida, a causa de la ira que le generó la actitud del pueblo.

Por eso vamos a aprender en este capítulo, que vale mucho la pena seguir la orientación que Dios nos da, en vez de intentar seguir nuestro propio camino. La manera en la que Dios ve las cosas no es la manera como nosotros entendemos. Parece que lo mejor es ir por el camino más corto, pero Dios dice: ‘mira, el camino es más difícil, más largo’.

Parece que lo mejor es pasar por un camino sin dificultades ni problemas, pero Dios dice: ‘las dificultades y problemas son importantes y ustedes tienen algo que aprender de eso’. Parece que sería mucho mejor pasar por un camino sin enemigos, sin reyes gigantes por el sendero, ni pueblos enemigos. Pero Dios dice: ¡No! Esto tiene un aprendizaje importante para tu vida’. Parecería que hubiera sido mucho mejor que la historia terminara románticamente y que todos “vivieran felices y

comieran perdices”. Pero la historia nos muestra que hay ciertas cosas, cuya única opción, es aprender a lidiar con ellas.

Es imposible remendar ciertas situaciones que ocurrieron en el pasado. Moisés perdió la paciencia, mostró su gran fragilidad y, en su caso, no hubo posibilidades de tener una situación restaurada al punto de que él pudiera entrar en la tierra, pero lo cierto es que no podemos jugar con Dios.

La lección extraordinaria de estos capítulos es que mejor seguimos los caminos de Dios; de lo contrario, terminaremos en nuestros propios desvíos que seguramente, no nos ayudarán en absoluto. Estos dos capítulos nos ofrecen lecciones sobre confianza, resiliencia, respeto, perseverancia y aprendizaje del pasado que pueden inspirarnos y guiarnos en nuestros propios viajes por la vida. Las victorias y conquistas de los israelitas en el capítulo 3 de Deuteronomio nos recuerdan la soberanía y el poder de Dios. Podemos aprender a reconocer y honrar la autoridad de Dios en nuestras vidas, confiando en Sus planes y propósitos.